

Ezequiel Adamovsky. *La fiesta de los negros, una historia del antiguo carnaval de Buenos Aires y su legado en la cultura popular*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2024.

Manuela Rodríguez

Universidad Nacional de Rosario, Argentina



Ezequiel Adamovsky es un especialista en historia argentina, especialmente del siglo XIX y XX, lo cual nos permite comenzar afirmando que el libro que acaba de publicar es *ineludible* para quien quiera estudiar *la historia*, es decir: la sucesión de hechos cronológicos, el proceso y la situacionalidad del problema de las relaciones interétnicas y raciales en Argentina. No abundan trabajos que se hayan detenido, con el detalle que lo hace este libro, en el hiato que se abre entre la presencia reconocida de una heterogeneidad étnico-racial en la naciente república, y el momento en que esos rasgos se han perdido en la memoria de una población que no puede reconocerse mestiza, producto de esa heterogeneidad. Ese hiato podemos situarlo entre fines del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. ¿Cómo pasamos de la presencia de negros y negras, poblaciones indígenas aún libres e infinidad de colectivos europeos de los más diversos orígenes, a una blanquidad muy amplia que nos incluye a todos a partir de un olvido sistemático de nuestros ancestros? ¿dónde quedó esa heterogeneidad? ¿dónde es posible encontrarla, verla, escucharla o sentirla?

Sobre estos temas profundiza *La fiesta de los negros*. Allí se cuenta una nueva historia de la Argentina, un comienzo cargado de transgresiones de todo tipo: sexo-genéricas, de clase, nacionalidad y étnico-raciales. Nos detendremos especialmente en este último punto porque el libro derriba algunos mitos e imaginarios sobre la composición étnico-racial de la nación, planteando fuertes contra-sentidos. Por ejemplo, proponiendo que se puede hacer una historia de la Argentina arrabalera y melancólica, ¡a partir de la fiesta de carnaval! Uno tendería a pensar que es posible hacer una historia de ese tipo sobre Brasil, o incluso, sobre Colombia, pero ¿sobre Argentina? Desde el comienzo, el autor nos propone que pensemos de nuevo al país y que encontremos en sus archivos (y hay que señalar que el material de archivo

que contiene el libro es monumental, y da cuenta del tiempo que el autor lleva trabajando este tema) la presencia de todos aquellos elementos no-blancos que nos constituyen (me incluyo como connacional), y que pueden conformar un primer nosotros festivo, alegre, transgresor. Todo un desafío.

Nos habla, también a contrapelo, de lo negro que somos, y del esfuerzo de las elites por borrar una imagen de la Argentina que no deja de aparecer por todos lados. Nos propone pensar al país como constituido por un contramestizaje que estorba y desdibuja el sentido de blanquidad y europeidad que se proponía la elite dirigente. Un contramestizaje que se compone de elementos híbridos, ambiguos, que se mestizan pero no por eso hacen desaparecer los componentes primarios (p.195). Otro contra-sentido: opuesto a la idea del crisol que funde las partes en un todo homogéneo, el pueblo argentino estaría compuesto de retazos biológicos y culturales, cuerpos y prácticas, formas de ser y sentir que tienen diversos orígenes, que tienen algo de negro, de indígena, de cocoliche, de gaucho. Y todos estos retazos se expresan y exaltan en carnaval.

¿Esto significa la inexistencia de racismo? No, en absoluto. Lo que Adamovsky sostiene es que al racismo que vivimos hay que entenderlo como un tipo de diferenciación y jerarquización social propio, del sur, latinoamericano, y que precisamos nuevas categorías para analizarlo, evitando las nociones del norte que imponen una lógica segregacionista, del tipo mosaico cultural, o grupos étnicos cerrados que no se tocan, que no se mezclan. En nuestros contextos latinoamericanos es ineludible pensar desde la mezcla, entender también la violencia de nuestro racismo como un racismo que niega la mezcla y que esconde esta historia del contacto, del intercambio, incluso de la sensualidad y el amor que puede existir en una práctica como el carnaval, ampliamente difundida en un momento clave de construcción nacional.

Desde una hipótesis provocadora nos invita a estudiar la performatividad del carnaval, la importancia de la mimesis, del disfrazarse y ser otro temporalmente, el desafío micropolítico que eso puede significar para el bajo pueblo ante instituciones e ideologías nacionales que empujan a la homogeneidad y a borrar las diferencias. Resulta arriesgado, en estos días, decir que tiznarse la cara de negro puede ser interpretado como un “mimetismo de abajo”, como una “transpropiación cultural” (en vez de apropiación cultural) o como un acto de empatía, de asociación de lo negro a algo deseado y querido (p.214). El autor nos propone pensar que, en un momento de profundo proceso de etnogénesis, de conformación del nosotros nacional, la performance de negritud de las comparsas candomberas funcionó como forma de ennegrecer la blancura de los sectores populares. Y que esa fue la manera de mantener viva una memoria, una práctica, una forma de ser y hacer propiamente negra en el país.

De todos modos, no deja de existir una tensión compleja en la construcción del personaje carnavalero del “negro candombero”. El autor sostiene que esta estética, esta forma de presentarse públicamente, fue habilitada por los blancos tiznados de elite y que ese impulso llevó a popularizar y a adoptar este modo distintivo a toda la población, incluso a los mismos negros que hasta ese momento ejecutaban sus candombes sólo en ocasión de celebraciones religiosas propias. Este hallazgo historiográfico no puede más que llamarnos la atención sobre las consecuencias que la composición de este personaje carnavalero puede haber tenido para la construcción de los imaginarios raciales nacionales. Ante un crudo proceso de vigilancia sobre las “buenas costumbres”, hacer candombe fue una forma de subvertir lo impuesto mientras se mantenía viva una práctica deslegitimada. Pero no deja de inquietarnos poder comprender por qué fue esa la práctica que logró traspasar las barreras del escarnio y qué tuvo que ceder y esconder para que ello sucediera. En especial, si hacemos el paralelo con otra práctica negra que tuvo y tiene gran arraigo en los sectores populares argentinos y que se

manifiesta también como de raíz afro, como son las religiones afroumbandistas o el culto a San Baltazar. ¿Qué pasó con ese otro saber/hacer negro vinculado a lo numinoso? ¿Cómo pudo sobrevivir, hibridándose, metamorfoseándose, el candombe y su asociación con la fiesta, la alegría y el carnaval como música y baile profano, y cómo lo hicieron las religiones afro que también utilizan el baile, el canto y los tambores pero como forma de propiciar el vínculo con lo sagrado, con lo no-humano? ¿Por qué, en Argentina, lo negro sólo puede estar asociado a la fiesta profana y no a la sagrada? ¿Qué tipo de negritud es posible en Argentina? Sobre este punto es muy interesante el dato que nos trae Adamovsky: fue acá, de este lado del Río de la Plata, en Buenos Aires y no en Montevideo, en donde el candombe finalmente se prohibió. Esto no fue sin consecuencias. Es sobre la base de ese disciplinamiento que precisamos encontrar los rastros de esos saberes negros en la influencia que tuvieron en otras prácticas, en otros bailes y en otras músicas.

Además de hipótesis provocadoras y contra-sentidos exhaustivamente argumentados, Adamovsky nos brinda en este libro un caudal de fuentes donde seguir buscando las líneas de continuidad entre la negritud racial y la negritud popular, para poder dar mayor carnadura a una historia nacional que hizo de la categoría “negro” algo tan ambiguo y plurisemántico como para connotar cariño y repulsión al mismo tiempo. Si bien el libro se centra en la ciudad de Buenos Aires, cabe preguntarnos si desde allí se irradiaron estas prácticas y sentidos hacia otros lugares del país, funcionando como parámetro de las relaciones, los imaginarios y las performatividades racializadas a nivel nacional. Así como la capital del país fue el centro difusor del discurso blanqueador que hizo del negro la imagen más fuerte de alteridad, ¿será también que el carnaval porteño se difundió y operó como espacio de contramestizaje y transpropiación en otras regiones de Argentina? Este trabajo nos impulsa a seguir buscando, a hacer historias regionales, a embadurnarnos y enchastrarnos en las complejidades del carnaval, donde está todo mezclado, todo invertido, lo bueno también es lo malo, y viceversa. Este libro nos ofrece varias puntas desde donde seguir deshilvanando un tejido conectivo que habla de una argentinidad para nada blanca, pura y limpia, si no, todo lo contrario: manchada, impura y amarronada.